



HOMENAJE DEL DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTORICAS
Y DE LA FACULTAD DE FILOSOFIA, HUMANIDADES
Y EDUCACION DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE A DON
DIEGO BARROS ARANA CON MOTIVO DE CONMEMORARSE
100 AÑOS DE LA PUBLICACION DE LOS PRIMEROS
TOMOS DE LA HISTORIA GENERAL DE CHILE

El 20 de diciembre de 1984, en el Salón de Honor de la Casa Central de la Universidad de Chile, el Departamento de Ciencias Históricas y la Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación realizaron un acto académico en homenaje a don Diego Barros Arana con motivo de conmemorarse el centenario de la publicación de los 3 primeros volúmenes de la *Historia General de Chile*.

Presidió el acto el Rector de la Universidad, Profesor don Marino Pizarro Pizarro y le acompañaron en la Mesa de Honor el Decano de la Facultad, Profesor Joaquín Barceló Larraín; el Presidente de la Academia Chilena de la Historia del Instituto de Chile, don Fernando Campos Harriet; el Vicedecano de la Facultad, Profesor Francisco Aguilera Gajardo; el ex Embajador y Secretario de la Academia Chilena de la Historia, don José Miguel Barros Franco; el Director del Departamento de Ciencias Históricas, Profesor Osvaldo Silva Galdames, y el Profesor Rolando Mellafe Rojas.

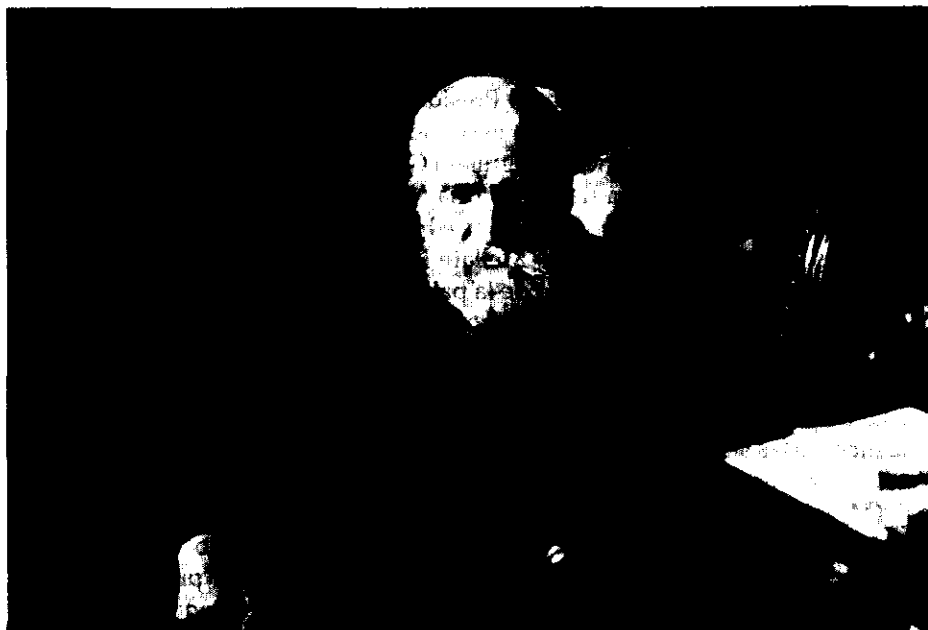
En la oportunidad hicieron uso de la palabra el Decano Barceló y el Profesor Mellafe. Los textos de sus discursos se reproducen a continuación. Participó también en este homenaje el Profesor de la Facultad de Artes, Dr. Jorge Rojas Zegers y sus alumnos Guillermo Ibarra y Juan Mouras quienes ofrecieron un recital de música chilena titulado "La guitarra en las tertulias del novecientos", que incluyó las siguientes composiciones: Manuel Ramos, "Gavota" (Dúo); M. Fernández, "Me entusiasmo bailando" (Polka, dúo); Francisco Rubi, "Colomba" (Mazurka, dúo); Joaquín Zamacois, "Jota" (Trío); Antonio Alba, "La más pícará" (Zamacueca, trío); Alberto Orrego Carvallo, "Segundo Vals" (Dúo), y Tomás Valdecantos, "Canción Nacional" (Trío). Todas estas piezas han sido recopiladas gracias a las investigaciones del Dr. Rojas Zegers, quien, además, dio interesantes explicaciones sobre las particularidades de cada composición y las características de la música chilena del siglo pasado.

C.G.Y.

*Discurso del Profesor Joaquín Barceló Larraín,
Decano de la Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación:*

Al conmemorarse en 1984 el centenario de la publicación de la magna obra de don Diego Barros Arana, *Historia General de Chile*, la Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación ha considerado un deber ineludible realizar un acto académico que signifique no solo recordar este hecho significativo para la ciencia historiográfica, sino también rendir un homenaje a su autor, uno de los más destacados humanistas americanos del siglo XIX, cuya labor ha sido justamente apreciada y alabada en todas las latitudes.

Existe unánime opinión de que Diego Barros Arana es la figura predominante entre los historiadores chilenos y que su obra es fundamental, a pesar de los enormes adelantos en la investigación del pasado y de las nuevas corrientes interpretativas. Su producción intelectual, superior a los 260 títulos, abarca variados géneros y preocupaciones que comprenden los ensayos bibliográficos, la crítica literaria, las biografías de personajes célebres, publicaciones documentales, cuestiones limítrofes, manuales de enseñanza, textos de geografía y literatura, trabajos sobre determinados acontecimientos chilenos y



Don Diego Barros Arana en sus últimos años. Fotografía captada por Paulino Alfonso en 1906, publicada por don Guillermo Feliú Cruz en *Historiografía Colonial de Chile*. Tomo I: 1796-1886. Santiago, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1958, lámina III.

americanos, historias generales, problemas de su época y, en fin, esa totalidad que comprende la intención de conocer al hombre tal como es, liberado de las abstracciones de la ciencia positiva y como un resultado de su evolución histórica. Por ello, más que de historiador, la enorme tarea de Barros Arana es de eso que los renacentistas llamaron "estudios de humanidad".

La historia es el saber de lo que el hombre ha hecho; a través de ella el hombre se da a conocer mediante sus obras. Siendo ello así, resulta que el desprecio que la filosofía pudo sentir en un tiempo por la historia equivalía a la renuncia por parte de la filosofía a conocer al hombre mismo. El siglo XIX reparó en esta circunstancia y se propuso reivindicar los fueros de la historiografía como ciencia. Durante mucho tiempo, el pensamiento histórico se movió en la ambigüedad de un compromiso entre el dogma griego y la vigencia de la libertad humana, que no acata ninguna ley, ninguna necesidad ni universalidad. Por ello, pensadores como Dilthey y Nietzsche hicieron de la historicidad y de la contingencia del hombre el fundamento de sus reflexiones. Dentro de este marco de reevaluación del hombre como ser eminentemente histórico, Diego Barros Arana va a desarrollar una tarea titánica.

Barros Arana fue miembro de una generación de científicos e intelectuales chilenos que, como Benjamín Vicuña Mackenna, Miguel Luis Amunátegui y José Toribio Medina —sólo por citar tres nombres—, con espíritu místico propio de un fraile recoleto, con un tesón abismante, un insuperable afán de superación y una capacidad de trabajo pocas veces vista, fueron tras la verdad histórica con método y disciplina para conocer el alma del ser nacional, y al mismo tiempo pudieron organizar sus existencias haciendo productivas la acción y el pensamiento.

En el caso concreto de Barros Arana, no sólo produjo una obra historiográfica verdaderamente prodigiosa y de gran magnitud, sino que también participó en debates políticos y parlamentarios, intentó renovar la educación chilena, trabajó activamente en labores universitarias, cumplió misiones diplomáticas, se desempeñó como perito limítrofe, fue profesor y Rector del Instituto Nacional, miembro y Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile y Rector de la Casa de Bello. Paralelamente, su labor de investigador y de escritor se proyectó más allá de sus libros; colaboró en la redacción de varios diarios y con gran esfuerzo creó y dirigió publicaciones periódicas, entre ellas la *Revista de Santiago* y la *Revista Chilena*, muestras del más alto nivel científico del Chile del siglo XIX.

Nacido el 16 de agosto de 1830, Barros Arana vivió los primeros años de su juventud en el tiempo agitado en que Chile, casi al borde de la anarquía política, pugnaba por encontrar la forma de organizar el estado de manera estable y permanente, que se habría de conseguir gracias al pensamiento y la acción del Ministro Portales y la institucionalización alcanzada por la Carta de 1833. Las relaciones de amistad de su padre con don Bernardo O'Higgins y don Diego Portales y la transmisión de recuerdos y documentos de estos próceres influyeron sin duda de alguna manera en la vocación que Diego Barros Arana manifestaría posteriormente.

Siendo aún muy joven, Barros Arana se convirtió en un lector insaciable; él mismo nos cuenta: "En mi temprana juventud, allá por los años de 1846 y 1847, cuando comencé a leer los primeros libros de historia de Chile que cayeron en mis manos, tomé un vivo interés por este estudio, que entonces preocupaba a muy pocas personas, y que además sólo entonces comenzaba a hacerse seriamente..." Más adelante, refiere Barros Arana: "Hice mis primeros estudios de historia de Chile leyendo con avidez el compendio del abate Molina, las *Memorias* del general Miller, la obra española de Torrente, los primeros tomos que entonces llegaban de Europa de la historia publicada con el nombre de don Claudio Gay y los documentos que la acompañaban". Allí la vocación de historiador se definió, y años más tarde, cuando don Diego solo tenía 22 años, escribió el 14 de agosto de 1852 a su amigo Juan María Gutiérrez, "...yo me figuro destinado por la Providencia para aclarar nuestra historia y ser una crónica viva de todo lo que nos concierne." A medida que Diego Barros Arana fue alcanzando madurez, su padre comprendió que la historia era su verdadera pasión y tuvo el buen criterio de no separarlo de ella, estimulándole en sus estudios. Cuando falleció don Miguel de la Barra, quien poseía una de las mejores bibliotecas del país, el padre de don Diego compró para su hijo la parte relativa a Chile y América. Allí empezó a formarse una de las mejores colecciones de América, no tanto por el número de volúmenes cuanto más bien por la selección. Diez y seis años más tarde, Bartolomé Mitre en carta respuesta a Barros Arana, fechada el 20 de octubre de 1875, le dice: "Su carta ha causado muy gratas emociones. Cuando llegué a la parte de ella en que me habla de su biblioteca de 10.000 volúmenes, de los cuales 6.000 son americanos y me bosqueja su local, en que los instrumentos del hombre de ciencia se hallan mezclados con los libros del hombre de letras, me lo imaginé, como Ud. dice, absorto en el estudio sin acordarse de otra cosa, como le sucede a todo hombre de labor intelectual, en medio de esa embriaguez sagrada que multiplica las fuerzas de concepción y producción del pensador. Mi deseo en aquel momento fue volar hasta su biblioteca, interrumpirlo en medio de sus meditaciones y, después de abrazarlo como amigo, entablar una de aquellas interminables pláticas de otro tiempo que sobre libros viejos y conocimientos nuevos hemos tenido tantas veces, y que hoy, con la edad y con las adquisiciones del tiempo y del trabajo, tendrían, sin duda, más sabor y más substancia..."

El verdadero destino de Barros Arana era la historiografía. Poco antes de cumplir los 20 años de edad, publicó su primer trabajo original, *Ensayo Histórico sobre la Regencia del Duque de Orleans* que acompañó la traducción que él mismo hizo de la obra de Alejandro Dumas *El Caballero D'Harmental*. En 1850 dio a luz un breve estudio sobre la rebelión de Túpac Amaru, los *Estudios Históricos sobre Vicente Benavides y las Campañas del Sur (1818-1822)*, una *Biografía del Honorable Tomás Cochrane, Conde de Dundonald* y las *Noticias Biográficas sobre el General Don José de San Martín*. Tres años más tarde, en 1853, aparecieron los diez primeros capítulos de una obra de gran envergadura, la *Historia General de la Independencia de Chile* que, publicada finalmente en 4 volúmenes, fue muy bien recibida por la crítica chilena y extranjera. Luego su producción científica continuó con

trabajos de menor amplitud y no se vio interrumpida por un largo viaje iniciado en 1859 que lo llevó al Perú, Argentina, Uruguay, Brasil y países de Europa. Al momento de abandonar Chile ya había tomado la decisión de convertirse en un investigador, especialmente para poder algún día escribir una historia de Chile, completa y detallada, objetiva e imparcial en los juicios, que sirviera de base y modelo para las futuras generaciones que quisieran comprender el proceso de formación de la nacionalidad chilena. También tenía en esos momentos el propósito de redactar una serie de textos destinados a la enseñanza para encauzar una verdadera renovación pedagógica.

En Lima, Buenos Aires, Londres, París, Madrid, Sevilla y otras ciudades visitó y trabajó arduamente en archivos públicos y privados, entabló relaciones con los más acreditados historiadores europeos, entrevistó a personajes que habían tenido participación en el movimiento de la Independencia y en los años posteriores, fue cliente asiduo de librerías de viejo y leyó una cantidad de obras que por aquellos años eran la expresión fiel del pensamiento europeo. Así no sólo se nutrió de fuentes y documentos para sus futuros trabajos y asimiló las técnicas de investigación en boga, sino que también adhirió a las corrientes liberales positivistas de moda en el Viejo Mundo, aunque nunca éstas aparecieron como fuerzas dominantes ni menos determinantes en su visión del pasado.

De regreso en Chile, en 1863, se dedicó de lleno a alcanzar sus objetivos. Dio a luz el *Compendio de Historia de América* que refundió más tarde en el *Compendio Elemental*, más apropiado para la enseñanza de la juventud. En 1867 imprimió su *Manual de Composición Literaria y Elementos de Geografía Física* y más tarde numerosos estudios monográficos, biografías, compilaciones bibliográficas, al tiempo que publicaba documentos, dirigía revistas, publicaba artículos en los diarios y servía cargos en el servicio público. Sin embargo, siempre continuaba con el trabajo previo de su gran proyecto de escribir una historia de Chile. Su nombre no sólo fue conocido en América. Traspuso el Atlántico y fue apreciado en alto grado en Europa. Cuando en 1882 publicó sus *Notas para una bibliografía de obras anónimas y seudónimas sobre la Historia, la Geografía y la Literatura de América*, una revista histórica alemana las comentó encomiosamente, señalando a Barros Arana como "el más sabio bibliógrafo de los países sudamericanos" y acaso el primer historiador de Sudamérica.

En 1884 pudo por fin don Diego Barros ver coronada la primera parte de su obra magna, con la aparición de los tres primeros tomos de su *Historia General de Chile*, trabajo que finalizó en 1902 con la publicación del tomo 16, que en verdad había terminado en 1899. "Diríase —escribe acertadamente el Profesor Rolando Mellafe— que cumplir con la aspiración máxima de su vida costó al autor 18 años de trabajo, pero en realidad no fue ese lapso sino toda su vida".

Los aportes que don Diego Barros hizo a la historiografía americana y chilena resultan cada vez más evidentes a medida que transcurre el tiempo. Basta una mirada al *Compendio Elemental de Historia de América* y a la *Historia General de Chile* para darse cuenta de que aparte de servir como modelos para captar conocimientos básicos, el autor logró la máxima aspiración que puede tener un

historiador de cualquier tiempo y lugar: llegar a una síntesis global del devenir histórico, fundamentada científicamente, con revelación de las fuentes y documentos que le sirvieron de base y, más que nada, destinada a servir de inspiración o de punto de partida de nuevas indagaciones, de estímulo a las generaciones futuras para revisar o reinterpretar los hechos y los procesos, dándole así a esta ciencia un dinamismo propio. Han trascurrido cien años de la publicación de estas obras y allí están en pie como monumentos inmovibles prestando a cada instante un nuevo e invaluable servicio.

Más mérito alcanzan estas obras —como muchas de las otras que produjo la pluma de don Diego Barros— si se piensa que el autor no tuvo las facilidades que hoy tienen los investigadores, esto es archivos ordenados y clasificados, colecciones documentales impresas, documentos publicados críticamente, monografías sobre distintos aspectos y temas, catálogos bibliográficos o guías de orientación. Don Diego lo tuvo que hacer todo, desde adentrarse en las bóvedas de los archivos en busca de los papeles roídos por el tiempo, descifrarlos e interpretarlos, hasta preocuparse de la impresión de sus escritos con las técnicas tipográficas de fines del siglo pasado que hoy aparecen rudimentarias.

Pero las obras historiográficas de Barros Arana tienen otros méritos que consideramos más valiosos que el gran esfuerzo investigativo que representan. Ellas abren un panorama y una nueva visión por las aportaciones que hacen. La Ilustración había incorporado a la reflexión historiográfica algunos elementos que era indispensable que considerara para desarrollarse como ciencia, para superar la etapa de la mera crónica narrativa. La consideración del escenario geográfico donde se desarrollan el hombre y la sociedad considerada como conjunto de hombres relacionados de modos distintos conservando cada uno sus particularidades dentro del todo y, finalmente, la consideración de los factores económicos centrados en la actividades productivas, de intercambio y consumo. Barros Arana encontró estos aspectos en las obras que leyó en su juventud, en especial en el erudito trabajo de Claudio Gay, pero los encontró en capítulos separados, en verdaderos compartimientos estancos, como algo un tanto separado de la realidad. En Europa se había empezado ya a incluir estos aspectos en cuadros amplios y generales porque forman parte de la vida diaria, del acontecer histórico, tanto como las fuerzas políticas y sociales, las expresiones del arte, las ideas y sus manifestaciones y, en fin, la unidad que es la vida de los hombres y de las sociedades. Todo esto, Diego Barros Arana lo consideró en la aplicación del método narrativo, descriptivo, analítico e interpretativo usado en su *Historia General de Chile*, escrita con un estilo parco y escueto que, en gran medida, nos explica la causa por la cual, hoy en día, cuando se cumplen 100 años de la aparición de sus primeros tomos, la obra permanece vigente, emanando fuerzas y dando directrices, abriendo nuevas sendas, pues está basada en la roca compacta de la erudición que otros historiadores podrán perfeccionar, pero nunca remodelar en su base, aunque su autor jamás creyó poseer la verdad total.

Como lo señaló en una ocasión el erudito Guillermo Feliú Cruz, la obra histórica de Barros Arana ha podido ser complementada por investigaciones

posteriores, puede admitir nuevas interpretaciones sugeridas o impuestas por el espíritu de los tiempos, pero permanece como "una sólida base de granito" con su material, con su visión del pasado, con la rica investigación que constituye el fundamento de su magna labor.

Joaquín Barceló Larraín.

*Discurso del Profesor Rolando Mellafe Rojas,
Departamento de Ciencias Históricas:*

A mediados del año 1884 se publicaron en la revista *La Lectura*, editada en Santiago, unas páginas de una nueva historia de Chile, que cautivaron al público por su novedosa manera de narrar los hechos, por el sobrio pero elegante estilo en que estaban escritas. Casi inmediatamente después comenzó a circular entre los grupos cultos de Santiago un folleto impreso por el editor Rafael Jover, con el título de *Historia General de Chile por Diego Barros Arana*.

Este tenía por objeto dar a conocer el proyecto de escribir una historia general, y recoger suscripciones a cuadernillos que se irían entregando al público, para cuyos efectos incluía una página especial. Venían luego, cuatro páginas, bajo el nombre de *Prospecto*, aparentemente escrito por Miguel Luis Amunátegui, en que se recordaban los méritos del autor y se daban a conocer los propósitos generales de la obra. El *Prospecto* está firmado por personalidades de la época, amigos todos de Barros Arana, entre los que se cuentan Miguel Luis Amunátegui, Francisco Solano Astaburuaga, Melchor Concha y Toro, Enrique Cood, Agustín Edwards, José Victorino Lastarria, Eusebio Lillo, Manuel Antonio Matta, Augusto Matte y Aníbal Pinto, ex Presidente de la República, que luego fallecería en Valparaíso.

El curioso folleto a que hacemos referencia, sería por sí solo suficiente para una larga disertación; queremos solamente señalar dos o tres aspectos de los que abarca. Comienza descalificando a todas las obras generales que sobre nuestro pasado hasta la fecha se habían escrito. Al respecto dice: "Las crónicas conocidas con el nombre de Historia de Chile, impresas unas, inéditas otras, relatan sucesos contados por la tradición, apoyándose a veces en documentos que sus autores no supieron siempre utilizar". Siguen luego unas frases que podrían perfectamente aplicarse a la actualidad: "Esas relaciones más o menos desatinadas, que se copian con frecuencia unas a otras, abundan en los mayores y más injustificados errores".

Los redactores del *Prospecto* usaron el vocablo *crónica* con el tono despectivo que le dio la historiografía liberal-positivista de la época, pero conociendo que



Mesa de Honor que presidió el acto académico en homenaje a don Diego Barros Arana. De izquierda a derecha: Profesor Osvaldo Silva Galdames, Director, Departamento de Ciencias Históricas; ex Embajador y Secretario de la Academia Chilena de la Historia don José Miguel Barros Franco; Profesor Joaquín Barceló Larraín, Decano de la Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación; Profesor Marino Pizarro Pizarro, Rector de la Universidad de Chile; Presidente de la Academia Chilena de la Historia del Instituto de Chile, don Fernando Campos Harriet; Profesor Francisco Aguilera Gajardo, Vicedecano de la Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación y Profesor Rolando Mellafe Rojas, Departamento de Ciencias Históricas y Miembro de Número de la Academia Chilena de la Historia.

era incorrecto, ya que sabían —especialmente Barros Arana— que para Chile, por lo menos, prácticamente no hubo *crónicas* en el estricto sentido de la palabra. La crónica es una narración objetiva, desprovista de toda valoración moral, política o social y sin otra intencionalidad que el registro de lo sucedido en una gradación cronológica. Pero ya desde el siglo XIII de ella se había desprendido un género de *historia primitiva*, al dedicar la narración a la educación o a la información política del príncipe, luego a la exaltación del Estado y también a la defensa o gloria del mecenas que encargaba la crónica. Modalidad, esta última, que pasó a América encarnada en la conquista o la figura del conquistador. La otra, la verdadera crónica, sólo tuvo algunos cultores en el siglo XVII en los llamados *cronistas conventuales*, que no existieron en Chile.

Pero los autores del *Prospecto* sí tenían razón al subrayar otra de las características de la *crónica*, de cualquier tipo que ésta fuera, en el sentido de que sus conclusiones emanaban sólo de la observación directa o de la información oral, sin intervención de lo que hoy llamaríamos *metodología de la acumulación empírica*. Ellos decían: “La verdadera historia de Chile ha de buscarse no tanto en esas

crónicas como en los documentos de los archivos, en las cartas oficiales y privadas de los contemporáneos, en los expedientes judiciales, en los testimonios de los servicios y de méritos, en las resoluciones de los reyes y gobernantes y en una variedad de otras piezas aun no utilizadas, que ayudan a operar la resurrección más o menos completa, más o menos fiel del pasado”.

Es importante recalcar que los autores del *Prospecto*, con la opinión o por lo menos la aprobación del mismo Barros Arana, hicieron una interesante separación temática del contenido de la obra que se iba a editar. Interesante porque resultaba sumamente moderna en la época; resaltaban, por una parte la narración general de la evolución del país y, dentro de ella, lo que aparecía como atípico en la concepción histórica de esos años, y a esto último llamaban *historia social*, incluyendo en esta denominación lo que para nosotros sería ahora historia económica. Ellos decían: “(el autor) ha destinado, después de cada período, capítulos especiales relativos a las instituciones, las costumbres, el comercio, etc., esto es la historia social”.

Aunque esta declaración nos pudiera parecer un poco audaz hoy día, no puede extrañarnos: es, en realidad, la germinación de la semilla arrojada por la Ilustración, un siglo antes que el documento se redactara. El racionalismo ilustrado había aclarado y realizado tres conceptos que ahora resultaban fundamentales para toda comprensión histórica. Uno había sido la utilización metroológica del tiempo, que le daba un valor sobrecargado de vida cotidiana, de ritmo biológico y de parámetro económico. Otro de estos conceptos era la consideración de la sociedad, como entidad distinta al individuo, y por lo tanto como fenómeno observable, describible y estudiable, separadamente del resto de los componentes del acontecer. Y un tercer concepto era el del paisaje, la naturaleza organizada y actuando sobre las sociedades. Precisamente, una de las figuras más ilustres de la Ilustración alemana, Alejandro Von Humboldt había descollado en esta nueva consideración del paisaje, y era uno de los sabios más admirados y citados por Diego Barros Arana.

Es claro que los principios del movimiento ilustrado que tocaban a la interpretación histórica, a esta altura del siglo XIX, habían sido ya bastante alterados, transformados o complementados. En Chile, sin embargo, a pesar de los esfuerzos de Andrés Bello, aún no se plasmaban sintéticamente en una obra general. Diego Barros por su parte, no sólo los había asimilado sino que, con una enorme cultura y una excepcional penetración y sensibilidad humanística, había llegado más allá del límite de lo que de su simple aplicación podía resultar.

Así es evidente que para Diego Barros la *simple inducción*, el juego directo de *causa y efecto* que había aceptado y adoptado de Bello no satisfacían todas las circunstancias del acontecer histórico. Por ejemplo, Diego Barros no podía aceptar el milagro como *hecho real*, pero sí como *hecho histórico*, de la categoría que ahora llamaríamos hechos *no factuales*. Si Barros Arana hubiera conocido en su época la especialidad histórica que ahora cultivamos con el nombre de *historia de las mentalidades*, habría resuelto la aparente contradicción formada por el rechazo de la validez actual de un hecho y, al mismo tiempo, su

aceptación histórica porque motivó y accionó realidades en el pasado. La solución que da al problema nos parece genial, en todo caso. En el Tomo 2 (pág. 285) de su *Historia General de Chile* entrega de algún modo un anticipo de la historia de las mentalidades. Dice allí: "A muchos lectores modernos parecería tal vez fatigoso este hacinamiento de milagros [de la crónica] que nadie cree en nuestro tiempo. Nosotros, por el contrario, hallamos en ellos datos seguros para apreciar el espíritu de los tiempos pasados. Ellos nos revelan que los conquistadores españoles estaban convencidos de que desempeñaban en América una misión divina, que el cielo los protegía abiertamente y que los hombres más ilustrados que, como el Padre Escobar, habían decidido corregir los extravíos de la opinión de sus contemporáneos, tenían interés en fomentarlos. Esos mismos milagros constituyen uno de los méritos de las viejas crónicas, por cuanto nos dan a conocer una faz de las ideas morales de los tiempos pasados".

Como Uds. pueden apreciar, existían por esos años las nuevas tendencias y la genialidad de un historiador como para ensayar una síntesis global de lo que había sido nuestro pasado.

Desde la Independencia a esa fecha se habían producido ya algunos intentos en este sentido, dentro de los propósitos del gobierno y de la Universidad de Chile de fomentar los estudios de la historia nacional y de formar una primera generación de historiadores. Así por ejemplo, entre las memorias leídas en la Universidad de Chile el año 1850, se había premiado la *Historia eclesiástica, política y literaria de Chile* del presbítero José Ignacio Víctor Eyzaguirre que, siendo una aceptable compilación de noticias, no aportaba mayores conocimientos, ni una novedosa visión de conjunto del pasado nacional.

Antes de ello, en el mes de agosto de 1844, llegó a Santiago la primera entrega de la *Historia física y política de Chile* de Claudio Gay y que era el primer fruto del contrato firmado por el naturalista francés y el gobierno de Chile el año 1830, para realizar un viaje científico a lo largo del territorio del país. La *Historia* de Gay fue muy bien recibida y comentada; específicamente, esta primera entrega, tuvo un elogioso comentario y análisis, aparecido en *El Araucano* N° 733 del 6 de septiembre de ese año de 1844. Muy pronto, sin embargo, los elogios se fueron refiriendo a las partes no propiamente históricas de la obra, siendo lo propiamente histórico fríamente recibido —debido a su indiscutible mediocridad— e incluso, en ocasiones, fue ácidamente criticado.

Hasta 1884 el resto de la producción historiográfica chilena se refería a estudios que abarcan períodos cronológicos cortos o temas monográficos más o menos precisos.

Los temas preferidos, por orden de frecuencia y de calidad de los trabajos, habían sido los estudios sobre la Independencia o episodios del proceso, donde se habían destacado personalidades como Diego José Benavente, Antonio García Reyes, Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui, Benjamín Vicuña Mackenna y Diego Barros Arana. Trabajos referentes a las primeras formas de gobierno y de las instituciones republicanas, con autores como Ramón Luis

Irarrázabal, José Victorino Lastarria, Manuel Antonio Tocornal y Ramón Briseño.

En un tercer lugar se habían escrito obras sobre la situación y el papel de la Iglesia en el nuevo orden republicano, enfocando esto desde un punto de vista histórico. Fueron importantes en este sentido las investigaciones de José Ignacio Víctor Eyzaguirre, Francisco de Paula Taforó y Federico Errázuriz.

En menor escala podríamos terminar esta sucinta lista con aquellas investigaciones que se referían a épocas o instituciones coloniales, donde habría que destacar los escritos de José Victorino Lastarria y José Hipólito Salas. Y también numerosos trabajos que se referían a la educación, las ciencias y las letras que, frecuentemente, estaban redactadas desde una perspectiva histórica. De esta índole son los escritos por Andrés Bello, Domingo Faustino Sarmiento, Francisco Vargas Fontecilla y otros.

Por el decenio de 1860 contaba Chile con una relativamente abundante literatura histórica. En su gestación habían jugado un importante papel los últimos gobiernos y la Universidad de Chile y dentro de ella, la Facultad de Filosofía por una parte y la acción personal de Andrés Bello por otra. En este sentido había sido fundamental el Artículo 28, de la Ley Orgánica de la Universidad de Chile, del 19 de noviembre de 1842, que ordenaba la lectura anual de un discurso sobre historia de Chile, el cual debían ir apoyado —decía la ley— “los pormenores históricos en documentos auténticos y desarrollando su carácter y consecuencia con imparcialidad y verdad...”. Si este artículo fue la gran herramienta impulsora de los estudios históricos en Chile, también la frase que acabamos de leer orientó en mucho su carácter y subrayó su primera debilidad.

Aquellos *documentos auténticos*, de que hablaba el Artículo 28, no existían para la consulta pública por aquellos años e incluso eran sumamente escasos para coleccionistas y especialistas. Cuando se estudiaba la creación de la Universidad, el problema ya preocupaba a los interesados en la historia patria. El año 1839, García Reyes, Manuel Montt y Antonio Varas habían formado, sin éxito, una sociedad para reunir y publicar la documentación histórica que se pudiera encontrar. La recolección documental que había hecho Claudio Gay, en Santiago y en provincias, para redactar su *Historia* y su posterior salida del país, causó no poca indignación. Fue éste, sin duda, el origen de algunas amargas críticas posteriores a su obra y también una de las razones —fuera del natural amable y amistoso de Gay— por las cuales, tiempo después, los historiadores chilenos lo visitaron tan asiduamente en París.

García Reyes, desde el seno de la Facultad de Filosofía, insistió varias veces en que no se podía cumplir con el Artículo 28 de la Ley Orgánica de la Universidad. El año 1851 el gobierno prometió ayuda para comenzar a editar una *Colección de Documentos Históricos* y, a propósito de ello, se formó una comisión que la organizaría, constituida por el mismo García Reyes, Miguel Luis Amunátegui y Diego Barros Arana, que a la sazón sólo tenía 21 años de edad. El intento finalmente fracasó pero quedó como el antecedente más lejano

de lo que posteriormente sería la *Colección de Historiadores de Chile y Documentos Relativos a la Historia Nacional*, que se publica hasta hoy.

La falta de aquellas fuentes históricas, en cuyo uso insistía el Artículo 28, nos explicaría también por qué hasta esa fecha una buena parte de la historiografía chilena se había referido a algún tema de la emancipación, ya que, descontando motivos nacionalistas y emocionales, era el período más ilustrado documentalmente, para el cual aun, incluso, se podían encontrar testigos y participantes dispuestos a relatar lo que recordaban.

El mismo fenómeno nos aclara, finalmente, el desesperado afán de aquellos historiadores por conseguir, comprar y copiar crónicas y documentos del pasado. Las cartas de los Amunátegui, de Vicuña Mackenna y de Barros Arana están llenas de encargos en este sentido y de jubilosas exclamaciones, cuando consiguen nuevos o desconocidos materiales. Ya con Diego Barros la necesidad de fuentes se transforma en una refinada erudición, que llega a su apogeo con José Toribio Medina y que, de muchos modos, subsiste hasta hoy.

No mentían los redactores del *Prospecto*, en que se anunciaba la *Historia General de Chile* de Barros Arana, cuando escribían que ésta se venía preparando desde hacía 30 años para emprender la magna tarea. También lo dice el mismo Diego Barros, con modestia, con dudas. Tenía 50 años y, con algunos achaques, temía no tener tiempo para terminar la obra. Quizás lo que más teme, aunque esto no lo escribe, es no ser capaz de dominar su temperamento polémico y altivo, no poder ser totalmente objetivo. En este punto, aunque muestra algunas debilidades que no es del caso señalar aquí, creo que logra ampliamente su perseguido propósito de señalar la verdad histórica, que al fin de cuentas era para él lo único distintivo de la ciencia.

El año 1884 aparecen, pues, los 3 primeros volúmenes de la *Historia General de Chile*, obra que originalmente su autor había planeado en 6 volúmenes, pero que de inmediato se le transforma como en la creación que lo acompañaría el resto de su existencia. No fue exactamente así, pero la redacción total de la *Historia General de Chile* duró 18 años. Escribió las últimas páginas del Tomo 16 el año 1899, aunque éste no fue publicado hasta 1902. Cuando la terminó, en lugar de sentir un gran alivio, que la monumental obra construida pudo haberle producido, sintió angustia. En cierto modo se había consustanciado con su obra, la *Historia* era él mismo.

Por ello, algunos párrafos de recapitulación que en la última parte del tomo 16 él llama "Mi conclusión", más que emocionantes son casi patéticos: "En este período, he tenido que pasar por peripecias que parecían inhabilitarme para todo trabajo, he experimentado dolorosas desgracias de familia que me agobiaron penosamente y que debieron doblegar mi espíritu para siempre, y me he visto obligado a prestar una atención sostenida y casi podría decir absoluta a trabajos trascendentales que me tenía encomendados el gobierno. Sin embargo, con la sola excepción de algunas semanas en que estuve postrado por dos distintas enfermedades, durante esos diez y ocho años casi no he dejado pasar un solo día en que no haya escrito a lo menos una página de esta *Historia*. Este trabajo incesante, que podría parecer en exceso monótono y abrumador, ha

sido para mí el más grato de los pasatiempos, el alivio de grandes pesares, y casi podría decir el descanso de muchas y muy penosas fatigas. Al dar fin a mi tarea sentí, más que el contento por ver realizados mis propósitos, una impresión de tristeza que en circunstancias análogas han experimentado otros autores al abandonar una ocupación que había llegado a ser una necesidad de la vida. Sin embargo, me había connaturalizado de tal suerte con ese trabajo, que su terminación dejó un vacío en mi espíritu y en los hábitos de mi vida”.

Si reflexionamos un poco sobre lo que es la crónica y sobre el verdadero significado de la obra que comentamos, podríamos convenir en que la crónica sólo atestigua la existencia de un pueblo, pero la misión última de la *Historia General de Chile*, de Diego Barros Arana, fue la de terminar de darle su propia identidad a Chile.

Rolando Mellafe Rojas.